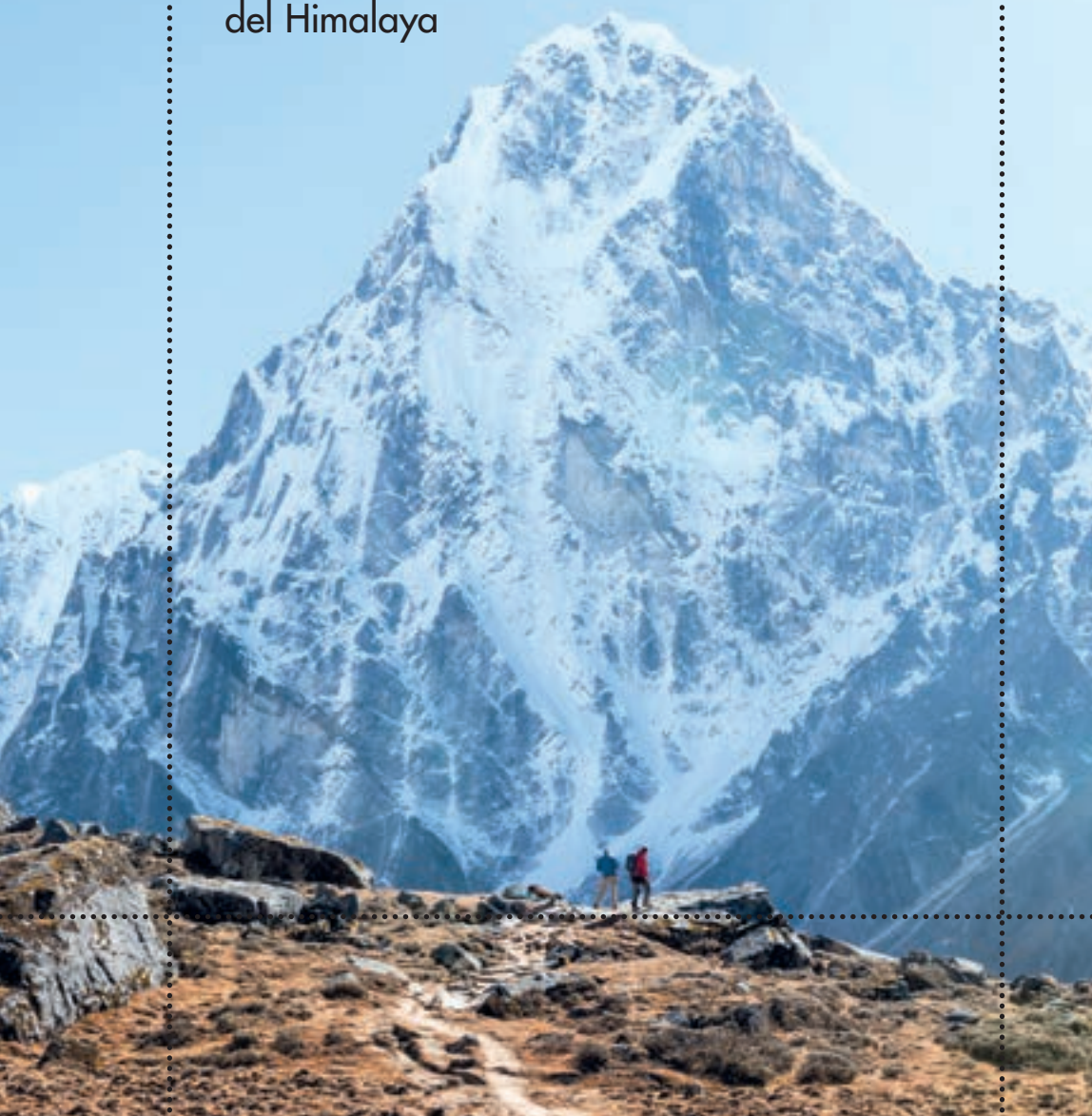


PENÍNSULA

Sergi Unanue

El sendero de las nubes

1.700 km a pie por el Gran Camino
del Himalaya



El sendero de las nubes

Sergi Unanue

1.700 km a pie por el Gran Camino
del Himalaya

© Sergi Unanue, 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: septiembre de 2025

© del mapa: Àlvar Salom, 2025

© de las fotografías: Sergi Unanue, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Limpergraf

Depósito legal: B. 13.375-2025

ISBN: 978-84-1100-402-2

Printed in Spain - Impreso en España



KANCHENJUNGA

Del 20 de septiembre al 4 de octubre de 2019

De los 0 a los 205,2 km de ruta

Entre 973 y 5.160 metros de altura

La tercera montaña más alta del mundo es el Kanchenjunga. Solo superan sus 8.586 metros de altitud el Everest y el K2. Desde su campo base empieza de manera oficial el GHT, ya que es el punto más oriental del Himalaya en Nepal. Llegar hasta allí era nuestro primer objetivo, a pesar de que eso significara tener que volver sobre nuestros pasos al momento después de hacerlo.

Nuestra expedición comenzó en la localidad de Taplejung, un pueblo que nos pareció muy pequeño, aunque fuera uno de los más grandes por los que íbamos a caminar en aquella ruta. Después de dos incómodos días alternando autocares y *jeeps* sin descanso, habíamos llegado hasta allí con la ilusión de dos niños en la noche de Reyes. Aquel era el último rincón al que podíamos acceder por carretera. A partir de ese punto, solo Himalaya.

Taplejung tenía 30.000 habitantes, distribuidos en casas de colores que se extendían por la suave pendiente de la montaña. Los tejados, hechos con láminas de aluminio, hacían de aquel

un pueblo visible a gran distancia. Había láminas de color azul, rojo, verde y morado, en edificios que llegaban a tener hasta cinco plantas. Como era el último enclave accesible por asfalto, las calles estaban llenas de comercios y de vida, y personas de distintas etnias bajaban desde las montañas para abastecerse de productos que solo llegaban hasta allí.

La urbe se encontraba rodeada de picos altísimos para nuestros malacostumbrados ojos. Si le hubiésemos preguntado a un nepalí, esas cimas de más de 3.000 metros serían solo montes, pues hasta los 5.000 metros de altitud no las consideraban montañas de verdad. De todos modos, a nosotros nos parecían gigantes y nos sorprendía que no tuviesen nada de nieve en sus picos, lo que efectivamente las hacía parecer más montes que montañas. «Será todo cuestión de perspectiva», nos dijimos.

Había salido del hospital de Katmandú cinco días antes y, al darme el alta, el doctor me había dicho que debía esperar al menos un mes antes de realizar esfuerzo físico, pues el dengue era una enfermedad que dejaba especialmente débiles a quienes la sufrían. Sin embargo, nosotros no teníamos tiempo que perder.

Nos sorprendió encontrarnos, nada más llegar, a una joven pareja francesa que, a pesar de su corta edad, iban acompañados de dos niños. Para nuestro asombro, nos contaron que también iban a recorrer el Gran Camino del Himalaya.

—Era nuestro sueño y queríamos vivirlo también con nuestros hijos —nos contó él.

—Van a aprender mucho más aquí que en la escuela —observó Dani.

Hablábamos sentados en unos bancos de madera, mirando a los dos críos que curioseaban en las tiendas de ultramarinos con su madre.

—El plan es tomarnos un año sabático y que esto les sirva también a ellos para crecer y formarse como personas.

—Es una gran idea.

—Y aún no sabéis lo mejor. —Nos miró a los ojos e hizo una pausa dramática—. ¡Nos vamos a comprar un burro que nos lleve las maletas!

—¡No te creo! —exclamamos los dos entre risas.

Podíamos imaginarnos las historias que tendrían con ese animal y el vínculo que iban a crear con él, recordando, de manera inevitable, nuestros caballos en Mongolia.

Su intención, lógicamente, era no moverse de la ruta cultural. En pocos minutos, creamos una bonita conexión con esa familia. Sin embargo, cuando nos separamos, la emoción de empezar nuestras respectivas aventuras eclipsaba con creces la nostalgia que solía acompañar ese tipo de despedidas. Aquellos niños estaban cambiando los libros, los exámenes y los deberes por las montañas, el choque cultural y un burro; y nosotros, que también nos sentíamos un poco como niños, estábamos deseando empezar con el reto que se nos avecinaba.

Esa noche nos hospedamos en un albergue sucio y barato. Las maderas del suelo, carcomidas y descuidadas, nos hacían pensar que en cualquier momento podía asomarse alguna cucaracha. Cuando nos metimos en nuestros sacos de dormir, me vino a la cabeza la emoción que sentí la noche anterior a cambiar mi vida por completo.

Fue un 27 de junio, en el año 2018, y marcó un antes y un después en mi vida. Aquella noche de verano sentía la emoción de, por primera vez, empezar a andar sin que nadie me sujetara la mano, decidiendo mi propio camino y orgulloso de encarar tanto las victorias como las derrotas que me encontrase en esa nueva etapa. Ahora, metido en mi catre en un albergue cochambroso a las puertas de una nueva aventura, conciliar el sueño fue mucho más sencillo.

Los primeros rayos de sol calentaban la mañana cuando dejamos atrás el alojamiento. Empezamos a caminar dirección al norte por un camino empedrado con muchas tiendas a cada lado, aún cerradas a esa hora del día.

—Venga, tío, que esto empieza. —Dani estaba lleno de energía.

—Espera un momento, que tengo que colocarme esto... —Me estaba peleando con las correas de la mochila para encontrar la posición correcta.

—Creo que la llevas demasiado abajo. Te vas a lesionar si vas así.

La mochila era la misma que me había acompañado el último año. Le tenía un cariño especial y la consideraba muy buena. Como teníamos 1.700 kilómetros por delante durante unos cuatro meses, sabíamos de la importancia de caminar correctamente y de adquirir costumbres saludables desde el inicio para cuidar de nuestros huesos y músculos, el *hardware* elemental para acabar una misión de este calibre. La parte del cuerpo que más iba a sufrir era, sin duda, la espalda, que tenía el deber de aguantar los más de veinte kilos que llevábamos cada uno entre material de acampada y alpinismo, comida y cámaras.

—Ahora, creo que ya está —sentenció con un último apretón en el cinto.

Proseguimos con nuestra ansiada salida.

—A ver... ¿Y esto cómo va?

Ahora era Dani quien se paraba, mirando los palos de senderismo que llevaba colgando de cada mano. Habíamos andado diez metros.

—Ni idea, es la primera vez que los utilizo.

Teníamos varias teorías al respecto de la altura a la que debían estar, pero al final acordamos que lo mejor era formar un ángulo recto con el codo cuando sujetáramos los bastones

por delante de los pies. Nos sonaba haberlo leído o escuchado en alguna parte.

—¿Así? —pregunté.

—Supongo. Ya lo iremos viendo.

Sintiéndonos como robots, de movimientos extremadamente ortopédicos y artificiales, no tardamos en cambiar las piedras de Taplejung por el barro de las afueras. Había estado lloviendo mucho las últimas semanas y apenas se habían dejado atrás los meses del monzón, aunque ahora nos sonreía el sol. Estábamos llenos de motivación e intentábamos ir tan rápido como creíamos que debían de ir dos senderistas experimentados.

Ese primer día transcurrió por caminos de tierra que serpenteaban entre prados verdes y bosques. Era un 20 de septiembre y, a pesar de estar a 1.800 metros de altitud, el sol nos sofocaba en sus horas más recias. La montaña no nos perdonó. En todo el día apenas encontramos llanuras y el sudor nos impregnaba la piel sin descanso. No fue hasta siete horas más tarde que decidimos dar la jornada por finalizada. Habíamos recorrido 21 kilómetros y las piernas nos dolían una barbaridad.

—Vaya día... —dije para mí mismo y Dani aprobó mi observación.

Estábamos sentados en un descampado que fácilmente podría haber sido un campo de fútbol si hubiera habido suficientes vecinos para formar dos equipos a menos de 10 kilómetros. Era una llanura situada al lado de un pequeño pueblo de apenas diez casas. Seguía siendo una zona muy húmeda y la vegetación abundaba, con grandes bosques de árboles subtropicales y musgo en los rincones más escondidos. No muy lejos se escuchaba el río que perforaba el valle, aunque era difícil ver hacia dónde llevaba o qué había más arriba, puesto que las nubes bajas lo ocultaban todo bajo su manto.

Donde más notaba el cansancio del día era en los tobillos y rodillas, pues habíamos estado descendiendo gran parte del tiempo. Y deduje que mi compañero se sentía igual cuando le vi masajearse dichas articulaciones con una mueca en la cara. Tras aquel primer día, viendo mi estado físico, me pregunté seriamente por primera vez si de verdad podría aguantar tanto tiempo en las montañas.

—Venga, tenemos que montar la tienda —soltó Dani después de levantarse en un brinco inesperado. Así era él. Siempre guardaba energía en algún rincón de ese cuerpo flacucho—. Está a punto de anochecer y necesitamos luz para preparar el campamento y buscar leña.

—Tienes razón. A ver si nos aclaramos con esto.

Era la primera vez que armábamos la tienda de campaña, pero no nos resultó difícil completar la tarea. Nos cronometramos con el desafío de superarnos día tras día.

—Voy a por leña, ¿te encargas de cocinar? —le propuse a Dani sin esperar respuesta.

La búsqueda fue infructuosa. Apenas encontré unas ramillas y alguna raíz de planta seca. Rastreé como buenamente pude por distintas zonas y moví piedras para ver si escondían algo bajo ellas. Pero nada. Me dirigí hacia el campamento avergonzado y sujetando en una sola mano los rancios palos que había conseguido. Con eso no podríamos mantener una hoguera ni diez minutos. Tendríamos que aprovechar al máximo lo que teníamos y, si se acababa la leña, prender el hornillo de acampada que guardábamos para situaciones excepcionales.

—El menú de hoy es fideos con huevo —anunció el chef al verme llegar.

—Solo he encontrado esto. —Dani me respondió encogiéndome los hombros. Si no había combustible, no se podía hacer nada más—. ¿Has visto que tenemos compañía?

Desde hacía un rato había aparecido un grupo de niñas que nos observaban medio escondidas en la muralla de rocas que separaba el descampado del sendero. Debían de venir de la aldea de al lado. Al cabo de unos minutos, vimos cómo el grupito se acercaba hacia nosotros. Eran cinco niñas de entre cinco y once años que avanzaban tímidamente y a trompicones. Las más pequeñas se cubrían como podían detrás de las mayores, que, por su edad, se veían forzadas a actuar de líderes. Cuando estaban a escasos metros, las saludamos de la manera tradicional, juntando las palmas de las manos a la altura del pecho y con una ligera reverencia.

—*Namasté!*

De repente, se sacaron de detrás de la espalda un montón de troncos y ramas. Nos habían visto fracasar en nuestro intento de crear una buena hoguera para cocinar y habían decidido buscar por su propia cuenta para ayudarnos. Y con muchísimo más éxito. Había desde ramillas para empezar el fuego hasta buenos troncos para mantenerlo, pasando por toda la escala de tamaños y densidades que hay en medio. Nos habían salvado, ya que la hoguera empezaba a agotar sus últimas existencias de combustible y el agua aún no hervía.

Nuestros ángeles de la guarda aún volvieron un par de veces más, una con más madera, y otra acompañadas de alguna madre y una hermana mayor, que también tenían curiosidad por ver qué hacíamos allí. Incluso exploraron el interior de la tienda. Les contamos que queríamos ir hasta Kanchenjunga y que hoy teníamos intención de acampar en esa planicie. Una vez se fueron, y con el estómago lleno, nos metimos en nuestros sacos y, con un agradable sabor de boca, entramos en un sueño profundo e ininterrumpido.

Si el primer día fue duro, el segundo fue aún peor. Nada más empezar, nos perdimos en un monte sin apenas árboles.

Un desprendimiento de tierra se había llevado por delante la mayor parte de una ladera. Los caminos que aparecían en el GPS del móvil allí de poco servían. Los miles de rocas recién llegadas se apelotonaban por todas partes caóticamente, recuerdos de un momento atroz, violento y fugaz. El sendero que seguíamos desaparecía por debajo de esta compleja manta de piedras que se sostenía en un equilibrio perfecto como cartas en un castillo de naipes.

No sabíamos por dónde se suponía que debíamos andar, pero teníamos que seguir. Con cuidado, empezamos a trepar por las rocas. Era un trabajo tedioso y poco efectivo. Nos movíamos lentos, pero con gran esfuerzo. Cuando llevábamos quince minutos, decidí ponerme el casco, por si acaso. Aquel era un sitio con alta probabilidad de que se produjera un nuevo desprendimiento, y no me quería convertir en una de esas decenas de personas que cada año mueren por el impacto fatal de una desafortunada caída por la ladera de una montaña. La lánguida incursión seguía, y el cuerpo empezaba a estar cubierto de sudor, hasta que me encontré a Dani esperándome con el teléfono en la mano. Notaba en su expresión que no lo veía claro.

—No es por aquí —dedujo—. Según esto, deberíamos estar pasando por algún punto más abajo. Hemos subido demasiado... —De repente, fijó sus ojos en mí y se empezó a reír—. ¿Tú te has visto con el casco? Creo que nos hemos equivocado, ¡esto tiene que ser para niños! —espetó entre carcajadas.

Efectivamente, daba igual cómo me lo pusiera, aquel casco no podía ser para la cabeza de ningún adulto. Habíamos comprado por error el modelo infantil. Me cubría solo la parte central de la testa y se elevaba de una forma bastante cómica, poniendo de manifiesto que lo que intentaba cubrir era más grande que la propia cubierta. Dani no lo tenía mucho mejor

que yo, pues los dos nos habíamos comprado el mismo modelo. Aun así, seguía siendo mejor eso que nada.

El renovado sendero se encontraba, como había vaticinado Dani, un centenar de metros por debajo de nosotros. Estaba muy utilizado y era fácil de transitar.

Aquel pequeño error nos había costado caro. Escalar por aquellas piedras había sido agotador. Estábamos sudados y cubiertos por una densa capa de polvo que se había pegado a nuestra piel. Así, cuando unas horas más tarde escuchamos el sonido de agua corriendo, aquello nos alegró el día. Un río fluía entre dos montañas, formando una cascada a la altura del sendero. Era una zona rodeada de densos bosques, y la humedad de la vegetación y la sombra de los árboles creaban un ambiente fresco en un día especialmente caluroso.

—No sé tú, pero yo necesito un baño —anunció Dani. Veía que le incomodaba estar tan sucio, pero también que tenía ganas de meterse en el agua por pura diversión.

Nos desnudamos y nos metimos en aquella bañera natural. El agua fría nos refrescó al momento y, al sumergir la cabeza por unos instantes, sentí cómo se disipaba todo el esfuerzo de la jornada.

—¡Qué fría! —grité al volver a coger aire.

—¡Venga, que no es para tanto!

Solo hacía dos días que habíamos empezado a andar, pero aquello se antojó necesario y fue revitalizante. Al salir, dejamos que el cuerpo se secase con el propio aire, agradeciendo la sensación.

Durante la siguiente semana no volvimos a abandonar nunca la tranquilidad de pisar por donde otros ya lo habían hecho. Aunque sí que variamos el ritmo. Las dos primeras jornadas habíamos salido con ganas de comernos el Himalaya de un bocado, pero la segunda noche, después de haber

andado fatigosamente durante diez horas, tomamos la decisión de bajar unas marchas. No estábamos en buena forma física, no nos conocíamos las montañas y yo aún me encontraba bastante débil por la convalecencia por el dengue. Lo peor estaba siendo el peso de las mochilas, que con sus más de veinte kilos nos estaban destrozando la espalda. Así pues, durante los siguientes cinco días recorrimos la misma distancia que habíamos andado en dos, unos 45 kilómetros.

Aquella zona, la de Kanchenjunga, no era ni mucho menos de las más turísticas de Nepal. Su ubicación remota en la esquina noreste del país provocaba que muchos visitantes evitaran esa región, pues les parecía mucho más accesible e interesante desplazarse hasta la zona del Everest o la del Annapurna.

El hecho de que permaneciese fuera del punto de mira de los senderistas tenía, por un lado, una parte negativa. No había carteles, ni marcas, ni nada por el estilo que señalizara el camino correcto. Uno tenía que ir bien equipado con mapas y GPS para evitar perderse, o no perderse mucho, al menos. De hecho, para entrar en el área de conservación, el senderista tenía que ir acompañado de algún guía certificado y pagar dos permisos bastante caros. Aunque estaba claro que ese dinero no se reinvertía en infraestructura para los visitantes, ni en señales, ni en los habitantes del lugar, sino que más bien debía de acabar en los bolsillos de algún hombre trajeado en Katmandú.

Por otro lado, esta falta de turismo también tenía una vertiente más positiva. No solo los paisajes eran más vírgenes, sino que las propias personas que habitaban estas montañas también estaban menos acostumbradas a encontrarse extranjeros, por lo que se podían vivir experiencias más auténticas con los lugareños.

En una ocasión, tuvimos la oportunidad de quedarnos en un pueblo formado exclusivamente por refugiados que venían

del cercano Tíbet. Docenas de personas que huyeron de las políticas exclusivas del Gobierno chino se asentaron en esta localidad a la que bautizaron como Phale. Allí conocimos a un señor que nos ofreció alojamiento y buena comida.

—Estáis en un pueblo fundado por refugiados tibetanos —clamó con orgullo.

Era un hombre de unos cuarenta años, con los ojos más rasgados y la piel más clara que habíamos visto hasta ese momento. Sus facciones eran profundas, dignas de alguien de montaña, pero su rostro era afable. Lucía un bigote poco poblado pero que le daba un toque moderno e incluso atractivo. Su alegría era de las que se contagian.

—¿Tú escapaste del Tíbet? —le pregunté, con tacto, emocionado por poder interactuar con alguien de un sitio tan místico y legendario como aquel.

—Fueron mis padres los que lo hicieron. Ellos se sacrificaron antes de que yo naciera—nos contó—. Fue en la década de los sesenta. Mis padres vivían en el Tíbet, ocupado por los chinos. Me contaron que no se les permitía vivir su cultura y que no se estaba respetando la autonomía prometida por el Partido Comunista. Hubo un levantamiento que estuvo acompañado de una gran represión. Mis padres decidieron huir, como también lo hicieron cien mil tibetanos más.

»Para hacerlo, tuvieron que cruzar puertos aún helados por el invierno. Para ellos fue muy duro dejar su tierra. Pero, por suerte, el Himalaya es grande y se encuentra entre fronteras de distintos países. Aquí, en Nepal, encontraron un sitio donde nadie les molestaba y podían vivir más o menos tranquilos.

»Yo ya nací aquí y, siguiendo su legado, hace unos años creé este albergue para los pocos turistas que pasan por aquí y sus porteadores.

A medida que la noche iba esparciendo su negrura, el interior del hogar se iluminó con vida. Era una choza hecha exclu-

sivamente de madera, tanto la estructura como sus muebles, lo que le confería un toque muy acogedor.

Los primeros en llegar fueron cuatro monjes que cuidaban del pequeño templo budista que custodiaba la aldea. Lo habíamos visitado por la tarde y nos habían dejado acceder al santuario, lleno de trapos de colores y retablos de madera con inscripciones en sánscrito. También tenían atado un cachorro negro. El típico perro tibetano, con unas patas enormes que dejaban entrever lo grande que iba a ser al hacerse mayor.

A pesar del aspecto aparentemente sereno y calmado de los monjes cuando entraron en la posada, en cuanto sacaron las piezas de un juego de mesa tradicional, sus rostros se transformaron y, con ellos, la musicalidad de la posada. Los gritos y carcajadas impregnaron el ambiente al ritmo que aparecían más y más billetes de rupia encima de la mesa.

En el centro del habitáculo se encontraba la chimenea, que actuaba a la vez de calefacción general y de cocina. Alrededor de ella es donde se colocaron los próximos visitantes: una señora de edad avanzada y dos jóvenes que parecían hermanos o, por lo menos, muy buenos amigos. La anciana lucía un moderno forro polar para protegerse el torso y un turbante púrpura con brillantes de estilo tibetano en su cabeza, con pendientes tradicionales a juego.

Uno de los dos chicos pidió al camarero un *tongba*,* una bebida alcohólica elaborada a partir de mijo fermentado, muy presente en la región. Para nuestro asombro, al cliente que aún no había abierto la boca le sirvieron un recipiente que re-

* Bebida tradicional de los pueblos limbú y rai del este de Nepal, hecha a base de mijo fermentado. Se sirve en un recipiente de madera o metal lleno de granos cocidos, al que se añade agua caliente; luego se sorbe con una pajita metálica que filtra el líquido. A medida que se enfría, se puede rellenar varias veces.

cordaba a las jarras de cerveza bávaras, aunque este estaba hecho de madera. Allí dentro reposaba el mijo fermentado, y el chico lo iba rellenando con agua hirviendo, como si fuese una infusión, lo que le permitió rellenarse el vaso numerosas veces sin necesidad de utilizar más cereal.

Mientras el calor del agua hacía su efecto, los mozos intercambiaron lo que parecieron ser no más de tres frases en lengua de signos y el más alto se levantó. El que se quedó sentado era sordo y su acompañante parecía ser el único que podía comunicarse con él. Mientras uno fijaba la mirada en el fuego que calentaba la sala y dedicaba toda su atención a la bebida que tenía delante, el otro desataba los nudos de dos sacos de yute que había dejado en la entrada. De su interior, sacó primero un tronco robusto y después un jamón de yak. A continuación, desenvainó el machete que colgaba de su cinturón. Se trataba de un *khukuri*, los tradicionales cuchillos que utilizaban los guerreros *gorkha*, unos despiadados combatientes famosos alrededor del mundo por su crueldad y, en Nepal, por crear la nación tal y como la conocemos hoy día.

Hace menos de trescientos años, a mediados del siglo XVIII, la región ahora conocida como Nepal estaba compuesta por cerca de medio centenar de pequeños reinos independientes y feudales. La zona del valle de Katmandú era un importante núcleo económico y comercial formado por los reinos de Katmandú, Bhaktapur y Patan, pero los reinos de las colinas y las montañas eran débiles frente a las amenazas externas, sobre todo por parte de los mogoles y del Imperio británico, que estaba expandiendo su control por el subcontinente indio.

Viendo esta situación, el entonces rey de Gorkha, Prithvi Narayan Shah, decidió que la mejor manera de defenderse era la unión de los suyos. Para ello, se dedicó a conquistar todos y

cada uno de los reinos, empezando por los circundantes a Gorkha para poco después hacerse con el importante centro comercial del valle de Katmandú y convertirse en el primer rey de Nepal. Unificar todos sus dominios fue un arduo trabajo que duró varias décadas y que se tuvo que seguir tras su muerte. Su estrategia, resumida en la metáfora de que «Nepal es como un ñame* entre dos peñascos», acabó decidiendo la historia moderna del país.

Según Prithvi Narayan Shah, Nepal era una tierra próspera y pacífica, pero vulnerable debido a las amenazas externas que la rodeaban. Los «peñascos» representaban a los poderosos vecinos de Nepal: el Imperio británico en expansión —por entonces, la Compañía Británica de las Indias Orientales consolidaba su dominio en Bengala— y el Imperio chino de la dinastía Qing. Para protegerse de ellos, que fácilmente podían acabar aplastando al ñame, desarrolló una política de aislamiento que consistía en fortalecer la economía local, evitar la influencia extranjera y potenciar la defensa militar.

Por disputas territoriales con los británicos, en 1814 estalló la guerra anglo-nepalí, que cogió por sorpresa a los europeos, que se esperaban un conflicto fácil de resolver. En vez de eso, se encontraron con un ejército organizado que les dio muchos problemas. Decían que los *gurkha* eran feroces y despiadados, una fama que alcanzó una dimensión global. Un aspecto destacado de estos guerreros era su ya mencionado cuchillo, el *khukuri*, distinguible porque la hoja tenía forma curva y poseía una pequeña muesca cerca del mango que, según se dice, tenía tres funciones: ayudaba a desarmar con rapidez al oponente, infligía más daño cuando se clavaba y evitaba que se ensuciase la empuñadura.

* Tubérculo comestible originario de las zonas tropicales de África y Asia, de pulpa firme pero fácilmente prensable al ejercer presión.

La guerra acabó en 1816 con algunas concesiones territoriales por parte del reino de Nepal, pero no sin dejar un gran impacto entre los británicos. El mariscal de campo Sam Manekshaw, uno de los militares más importantes de la historia de la India, dejó una de las mejores frases para entender el impacto que causaron los soldados nepalíes: «Si un hombre dice que no tiene miedo a morir, o está mintiendo, o es un *gurkha*».

Como consecuencia de aquello, los británicos empezaron a contratar a guerreros *gurkha* para que se unieran a sus filas. Además, el reino pudo mantener su independencia, convirtiéndose en uno de los pocos países asiáticos que no ha sido colonia europea en ningún momento de su historia. Y, de hecho, en la actualidad no solo el ejército británico sigue teniendo a *gurkhas* en sus tropas, sino también el indio, así como los cuerpos de seguridad de Singapur, Brunéi e incluso la ONU.

En la posada donde nos íbamos a alojar aquella noche, el *khukuri*, lejos de cualquier campo de batalla, se elevaba con destreza hacia el techo y bajaba a gran velocidad para penetrar en la carne que descansaba con todo su peso encima del robusto tronco. El chico había empezado a cortar bastos trozos del muslo del yak a muy buen ritmo. El ruido rítmico de los golpes y el resplandor de la hoja entre machetazo y machetazo creaban una hipnótica escena a la luz del fuego de la chimenea.

Seguramente impulsada por la repentina sensación de movimiento que ahora flotaba en el aire de la cantina, la dueña del local sacó un enorme cilindro de madera que me recordó a un didyeridú australiano, le echó mantequilla de yak por su único orificio, hierbas de té y sal, y lo empezó a batir con un alargado palo. Estaba preparando té tibetano. Esta pomposa preparación producía un ruido, parecido al que se hace cuando se intenta desatascar un baño, que se entremezclaba con las

risas de los monjes, los sorbos de *tonga* del chico joven, ajeno a toda aquella sinfonía, y los vigorosos cortes de carne de su más que probable hermano. En aquel momento, nos dimos cuenta de la diversidad cultural que nos íbamos a encontrar cruzando esas montañas.

Las noches cada vez más frías nos indicaban que nos estábamos elevando. Aunque no lo pudiésemos comprobar con nuestros propios ojos, nos acercábamos a las cimas de las montañas más altas del mundo. La niebla y las nubes nos habían estado acompañando y aún no habíamos conseguido vislumbrar ni un solo pico, pero nuestro entorno visible sí que había cambiado. Ya no había ni rastro de la alta vegetación y de la maleza que nos rasgaba las piernas en las cotas bajas. Estábamos a más de 4.000 metros por primera vez y lo que nos rodeaba eran pastos y grises montañas.

Khambachen era un pueblo muy pequeñito situado entre dos valles. Las pocas casas que había, humildes edificios hechos de piedra, se dedicaban a la ganadería o al turismo, que en esa época del año era prácticamente inexistente. A las afueras, se encontraban rebaños de yaks pastando con desidia en vastos prados rocosos. Allí no había árboles y apenas se veían arbustos. El color predominante era el gris. Gris la aldea, grises los montes, grises los ríos cargados de agua y gris el cielo.

Habíamos llegado sin grandes esfuerzos, aunque durante los últimos kilómetros notamos, por primera vez en nuestra vida, que nos faltaba el aire a causa de la altura. Estaba todo embarrado, y así lo mostraban nuestras botas y pantalones que lucían asfaltados restos de lodo.

Hacia las ocho de la tarde, el valle quebró su silencio con el repicar de unas campanas lejanas. Eran los cencerros de una caravana de burros y caballos, el método principal de transporte de bienes y mercancías en el Himalaya. Al oírlas,

todos los habitantes del pueblo salieron a recibir a los jóvenes que guiaban el convoy desde Taplejung y los ayudaron a descargar las alforjas de encima de las bestias. Cuando acabaron, los chicos de la caravana se reencontraron con sus familias dándose palmadas en la espalda y volvieron a sus respectivas casas.

Esa noche, me desperté de repente lanzando un gran alarido en la habitación e incorporándome como un resorte en mi cama. Miré a mi alrededor y vislumbré a Dani entre la penumbra, que seguía durmiendo como si nada. Mi reloj marcaba las tres pasadas de la madrugada. Más que un grito, aquello había sido una bocanada de aire a la desesperada, como si me hubiese estado ahogando en una horrible pesadilla. Volví a sumirme en la comodidad de mi saco y no tardé en conciliar el sueño de nuevo.

A la mañana siguiente, nuestros planes cambiaron. La intención era seguir subiendo hasta Lhonak, la última parada antes del campo base del Kanchenjunga, pero al levantarme con un intenso dolor de cabeza decidimos esperar un día más. Era uno de los síntomas iniciales del mal de altura, y la recomendación era tomarse un día de descanso para aclimatarse o, si la condición empeoraba, bajar velozmente. Ahora entendía qué era lo que me había pasado aquella noche. No había sido ninguna pesadilla, sino mi cuerpo buscando más oxígeno del que le estaba dando con mi apaciguada respiración.

Aquella era la primera vez que nos parábamos desde que dimos nuestros primeros pasos, hacía justo una semana. Y también fue la primera vez que pudimos comprobar, al fin, que estábamos en el Himalaya, porque esa mañana las nubes dieron una tregua al cielo y nos permitieron maravillarnos con la visión de una sierra espectacular.

Ahora era yo quien irradiaba energía por todos lados. Corría de un lado para otro y no paraba con la cámara. Hay sensa-

ciones que solo la naturaleza te puede provocar. Lo que sentí aquel día me recordaba a lo que experimenté cuando había navegado junto a varias ballenas azules en la costa de las Azores. Euforia pura, inocente, infantil.

—Subamos a ese monte —propuse.

El monte en cuestión era una ridícula protuberancia cubierta de musgo de apenas veinte metros de ascenso que, aun así, nos costó sobremanera subir. Entre jadeos, alcanzamos unas rocas que nos sirvieron de pequeño muro protector del viento. Las vistas merecieron la pena.

—¡Qué pasada! —observó Dani.

A nuestro alrededor, se extendían montículos como el nuestro a lado y lado, todos ellos revestidos de distintas tonalidades de verdes. No por los árboles, pues no había ni uno, sino por el musgo que lo cubría todo. Aquella textura y su sorprendente variedad de colores, solo visible cuando el sol iluminaba con fuerza como en ese preciso momento, recordaba extrañamente a un inmenso arrecife de coral.

Sin embargo, donde se desviaban nuestros ojos era hacia el cielo. Al fin, el Himalaya se descubría. Los picos eran triangulares y de aspecto feroz, y entre todos ellos destacaba el de Jannu, con unos 7.710 metros y una verticalidad que impresionaba al verla. Su blanco total contrastaba con el azul profundo que aquella mañana imperaba en las alturas. Apenas se veía rastro de la corteza de la montaña. La nieve parecía casi perfecta, mostrando solo algunas arrugas, como si de un mantel colgando de un gancho se tratara. Como estaba tan cerca de nuestra posición, parecía aún más estremecedor, pero al mismo tiempo actuaba como muralla y obstruía una vista probablemente aún más espeluznante. Justo al otro lado se encontraba el Kangbachen, de 7.903 metros, y detrás de este, el señorial Kanchenjunga, aguardando, invisible.

—Esto es lo que nos espera. A eso vamos.

—Al fin podemos verlo, tío. Esto me da la vida —proclamé.

—Ya ves.

Hasta ese momento aún no habíamos sido conscientes de que estábamos ya de lleno en el macizo más alto del mundo. Lo veíamos en el mapa, pero aún no se sentía real. Durante todo este tiempo no habíamos visto ni una cima nevada, nada que nos hiciera pensar que estábamos en el Himalaya y no en los Pirineos, más allá de por su ecosistema natural y antropológico. Aquel día confirmamos que una de las mayores recompensas que obtendríamos por semejante esfuerzo sería la de poder pasearnos entre titanes blancos.

Nos sentamos en el regazo de un gran pedrusco.

—Qué ganas de darle más caña —dijo Dani más como una promesa para él mismo que como una observación.

—Y que aguante el tiempo, por favor.

La ilusión nos duró poco, porque al mediodía regresaron las nubes y lo único blanco a la vista volvió a ser el cielo. El mal tiempo ya no nos abandonaría hasta Lhonak.

Llegamos a Lhonak al día siguiente, tras una caminata tranquila, pero sin muchas pausas. Aclimatarnos nos había ido de fábula y apenas habíamos notado la menor presencia de oxígeno en el aire. Estábamos a casi 4.800 metros y la temperatura había bajado hasta límites congelantes.

Lhonak no se podía considerar ni pueblo. Había una decena de casas de madera, pero la mayoría parecían abandonadas. Y aunque nos dio la sensación de que aquel debía de ser un asentamiento con vida, sobre todo en verano, en ese momento, todo lo que veíamos a su alrededor eran piedras, rocas y mucha niebla. Nos fuimos a dormir dentro de dos sacos cada uno mientras aquellas cabañas se sumían también en un sueño en lo más profundo de las nubes.

Cuando nos levantamos, nos encontramos con que el blanco del cielo se había propagado hasta el suelo. Estaba nevando, y eso pilló por sorpresa incluso a la gente local. De normal no había nieve hasta diciembre, decían. Con las linternas, enfocamos la nueva capa que se extendía por debajo de nuestros pies y sonreímos.

Estábamos emocionados porque aquello suponía un extra de épica más en ese día que ya sabíamos que iba a ser trascendental. Eran las cinco de la mañana y aún estaba completamente oscuro, pero en aquella jornada pasaríamos de los 5.000 metros de altura por primera vez, y al fin llegaríamos al punto de salida oficial del Gran Camino del Himalaya.

—Venga, voy a ir yo primero, tú sígueme —comandó mi compañero.

—¡A la orden! Vamos a ello.

El cielo seguía repartiendo copos por doquier mientras ascendíamos con lentitud, lo que nos obligaba a andar suponiendo por dónde estaba el camino, que se intuía gracias a unos palos que indicaban la ruta que se debía seguir. La cantidad de nieve en el suelo fue aumentando hasta llegar a los pocos centímetros de espesor. A pesar de que, paso a paso, nuestro entorno se iba iluminando, la visibilidad no era buena. Había blanco allá donde se mirase, pues la niebla seguía sin abandonarnos. Por suerte, los postes nos ayudaban a continuar.

Todo cambió cuando, de repente, un enorme conjunto de piedras nos cortó el avance. Si antes había habido alguna indicación, ahora se debía de encontrar bajo esas toneladas de rocas en eterno reposo. Dani, que ya había asumido el rol de ir primero guiándonos con el mapa, supuso que teníamos que cruzar por allí, tal como nos había dicho unos días antes el único excursionista con el que nos habíamos topado hasta ese momento.

«En un determinado punto, os encontraréis un montón de rocas que se han llevado por delante el camino —nos comentó

el australiano, un hombre de cincuenta años con una gran energía vital. Había subido hasta el campo base del Kanchenjunga y ya estaba volviendo hacia Katmandú. Estábamos los tres secando nuestros calcetines en el fuego del único alojamiento del pueblo—. En ese momento, debéis cruzar y seguir subiendo hasta que veáis el nuevo sendero.»

Cuando nos los dijo, pareció relativamente fácil. Pero nuestra realidad resultó ser muy distinta a la suya, pues aquel día estaba todo cubierto por nieve y niebla.

El ascenso fue fatigoso. Teníamos que avanzar con cautela porque algunas de esas piedras no estaban bien sujetas y se tambaleaban con nuestro peso, además de que resbalaban a causa de la nieve fresca. Si una de esas rocas nos hacía caer, el riesgo de crear una avalancha era elevado. Con un simple efecto dominó podíamos acabar aplastados centenares de metros más abajo en cuestión de segundos. Ninguno de los dos se atrevía a hablar. Estábamos demasiado concentrados. Y todo indicaba que ningún ser humano había pasado por allí.

Tras cuarenta minutos, me encontré a Dani descansando. Estaba en una inesperada plataforma llana rodeada por todos lados de la pendiente de piedras desprendidas de la cumbre. Reposaba apoyando su espalda contra una gran roca, en el único sitio posible donde tomarse un respiro.

—Dani, no lo veo nada claro —balbuceé como pude, abatido por el esfuerzo. Estaba empapado de sudor a pesar de estar bajo cero.

—No, yo tampoco. Descansemos un rato y vemos por dónde puede ser.

Al cabo de unos minutos intentando descifrar mapas y las palabras de ese montañero, Dani se levantó y se acercó hasta una cornisa buscando alguna posible pista. Estábamos perdidos en un laberinto en blanco y negro. La cosa se complicaba.